

yo apartaré mis ojos de vosotros, no os oiré, porque vuestro corazón está lleno de maldad y abominaciones. Teméd... Ya me parece ver rasgarse las nubes del cielo y bajar rodeado de toda su majestad el Hijo de Dios con la cruz en la mano; ya me parece ver caer sobre nosotros el peso enorme de esa cruz, que rindió por tres veces al mismo Dios y que nos oprime sin remedio.

Templád, ó Juez justísimo, vuestra ira; detenéd el golpe fatal; sustitúidlo con la tribulación, para que haciéndonos conocer la causa por que nos la enviáis, adoremos humildes vuestra majestad excelsa, temamos vuestra justicia infinitamente poderosa, honremos vuestro santísimo nombre, cantemos á vuestra divinidad los mas respetuosos himnos, os dirijamos confiados nuestras súplicas, observemos estrictamente vuestras leyes sacratísimas y las de la Iglesia vuestra esposa, único medio de atraernos ese amor, esa misericordia, esas bendiciones que han de hacer un dia nuestra felicidad. Amen.

HOMILÍA.

LA PREDESTINACION Y LAS GRACIAS Á ELLA CONSIGUIENTES SON UN PURO EFECTO DE LA DIVINA MISERICORDIA.

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA CUARTA
DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Neque hic peccavit, neque parentes ejus; sed ut manifestentur opera Dei in illo.

Ni pecó este, ni sus padres; pero esto es para que se manifiesten en él las obras del Señor.

S. Juan, c. 9. v. 3.

No puedo comprender por qué especie de fatalidad se hallan regularmente las obras de los hombres en oposicion con los designios de la Providencia, en los que entra su salud. ¿Qué omitió para asegurar la gloria de Israel por medio de la verdadera Religion? Y los israelitas, ignorantes, obstinados en desconocer la verdadera Divinidad, apenas tuvieron noticia de un ídolo, á que no ofreciesen sus cultos y adoraciones. Viendo que eran de todo punto insuficientes todas las pruebas que habia hecho para atraerlos á su amor, les da su mismo Hijo por hermano, por maestro y salvador. Este, correspondiendo á los deseos de su eterno Padre, los ama con la mayor ternura, les dispensa todos cuantos beneficios, y mas aún que ellos pudieran pedir y desear; les da, animado de un celo propiamente

divino, las mas importantes y sábias instrucciones, sin que haya verdad que no les descubra; rompe las pesadas cadenas de su esclavitud, los redime con el mayor afecto, sin que haya esclavo á quien no alargue su mano benéfica; y en recompensa de tanto amor, de tan inimitable benignidad aquellos hombres ingratos le aborrecen, le calumnian, le persiguen de muerte. Hoy, como olvidado de sus anteriores injurias, se empeña en arrancar de su entendimiento las tinieblas del error, y les evidencia su divinidad, dando milagrosamente la vista á un ciego de nacimiento; y aquellos insensatos se obstinan en desmentir el milagro por no verse precisados á creer y confesar la divinidad de quien lo hace. Y si á pesar de sus infames arterías el hecho se evidencia, es imposible, dicen, recurriendo á la calumnia, es imposible que un miserable pecador, que así profana el dia del sábado, goce la virtud extraordinaria de hacer milagros.

En tanto que estos viles fariseos tan atrozmente calumnian al Salvador, toma intrépido la defensa de su causa el ciego favorecido, refuta con las mas sólidas razones sus sofismas, y despreciando sus invectivas, sufriendo resignado sus anatemas, manifiesta el reconocimiento de que se halla penetrado respecto á su bienhechor. Este, como en premio de su conducta, le abre los ojos del alma, le hace ver con ellos su divinidad, le infunde la Religion, aquella Religion humilde con que postrado en su presencia le reconoce, le adora, le ama como á su criador y redentor, como á su único y verdadero Dios.

¡Qué grandiosa, qué magnífica y sublime se presenta en esta circunstancia la Religion! Si me fuera permitido hacer una fiel y minuciosa exposicion del Evangelio presente, veriais resaltar su belleza de un modo extraordinario, exponiendo á vuestra consideracion sus mas augustos misterios; pero esto no es posible en un solo y breve discurso: me ocuparé de lo mas sustancial, es decir, de aquello que nos toca mas de cerca. Para ello, tomando por modelo al gran P. san Agustin, propondré la iluminacion corporal del ciego como símbolo de nuestra iluminacion espiritual, y su conducta posterior como ejemplo de nuestra gratitud. Mas para desempeñarlo con la dignidad que exige el asunto, son indispensables los auxilios de la divina gracia, sin los cuales todos mis esfuerzos serian inútiles. Ayudádme á conseguirlos, dirigiendo vuestros ruegos al pode-

roso auxilio de todos los cristianos, María santísima, repitiendo en honor suyo la salutacion angélica. *Ave María.*

Siendo infinita é inalterable la misericordia de Dios, parece difícil de comprender que colme de favores unas veces á los hombres sin que se los pidan, y desprecie ó desoiga otras los ruegos que le dirigen, por mas humildes y fervorosos que sean. Se niega á entrar en la casa á donde le llaman con las mas vivas instancias, y se ofrece voluntariamente, y aún se obstina en ir á otra donde le suplican que no éntre: desecha con aspereza, con expresiones demasiado severas al parecer la humilde petición de la Cananea, y abre los ojos al ciego que ni lo pide, ni aún aparenta desearlo, tomando ademas de su cuenta la defensa de su inocente conducta contra las fundadas sospechas de sus discípulos. Convento en que el cristiano debe adorar humilde, no investigar curioso los misterios de la divina sabiduría; mas no por eso se nos prohíbe detenernos á considerar los acontecimientos que se verifican por disposicion de la Providencia, mayormente si son raros y de algun interes para nosotros. La diferencia que média entre aquel que instruido en las verdades eternas, da con su alma en el abismo del pecado, y el que la tiene sumergida en la misma desgracia, porque no habiendo jamas percibido la brillante claridad de la fe, no conoce el remedio que pueda tener, es tan palpable, que todos los cristianos la ven sin dificultad. El primero puede y debe penetrarse de su indignidad, confesarla, y á fuerza de oraciones y lágrimas hacerse acreedor á los auxilios del cielo, únicos medios de sacarle del abismo; el segundo habrá de perecer irremisiblemente, si no hay quien de pura gracia determine sacarle. Este es el infeliz y deplorable estado á que quedamos reducidos todos por la soberbia rebelion del primer hombre. En lugar de abrirse nuestros ojos, como lo aseguraba el espíritu tentador, prestándonos á sus infernales sugestiones, quedámos del todo ciegos; y casi me atrevo á decir que no solo se cerraron nuestros ojos, sino que nos fueron arrancados. Qué inmensa desgracia! ¡vernos precisados á caminar siempre á ciegas por una senda resbaladiza, llena de tropiezos y sin poder siquiera buscar la salida! El resultado no puede ser dudoso: á cada paso que damos, estamos expuestos á precipitarnos en

aquel profundo abismo; y cuando llegamos á caer, se aumenta nuestra desgracia, porque no acertamos á salir, y en él estamos continuamente heridos de una mano pesadísima y cruel, sin que nos sea del mismo modo posible evitar los funestos golpes, ni aún descubrir la parte de donde nos vienen. Lo diré de una vez: en semejante estado cada paso que damos en busca de la felicidad, que no podemos ménos de amar, porque para ella hemos sido criados, nos conduce indefectiblemente al lugar del horror y de la miseria, á los desesperados tormentos que jamas han de acabarse. La prueba mas terminante de esto son esos infelices que yacen en el dia envueltos en la densas nieblas del error, caminando á oscuras por las opacas sombras de la muerte, de que por ningun medio pueden librarse. Desventurados! terminado el pesado sueño de su vida, abrirán por la vez primera sus ojos heridos del fatal resplandor de las llamas, que en el mismo momento empezarán á atormentarlos, sin que hasta entónces hayan oído hablar de ellas. Y nosotros en la mas tierna niñez, cuando mas ignorantes que el bruto éramos incapaces de sentir las necesidades que á todos hace palpar la naturaleza, nos hallámos iluminados de una luz divina, ennoblecidos con la participacion de la naturaleza de todo un Dios, elevados á la gloriosa libertad de los justos, enriquecidos con el venturoso gérmen de una bienaventurada inmortalidad.

Qué es esto, Dios mio? de dónde nos ha venido tanta gloria? qué es lo que nos distingue del resto de los hombres? ¿no éramos como ellos, por el vicio de la naturaleza, enemigos de Dios, objeto de sus iras, esclavos de la culpa? Cuando nada bueno podíamos haber hecho, cuando aún no nos habian herido los rayos de la luz del dia, cuando en los siglos eternos se decretó nuestra feliz iluminacion; ¿qué méritos pudieron preceder de nuestra parte? Cuando encerrados en el oscuro seno de la nada, pero envueltos ya en la general inmundicia, igualmente contagiados, corrompidos que los demas, fuimos elegidos como Jacob, quedando reprobados ellos como Esaú, ¿no se nos debia de justicia la misma reprobacion? no éramos ciegos como ellos? podíamos siquiera pedir que se abrieran nuestros ojos?

Oh! cantemos eternamente con el Profeta las misericordias del Señor, pues los clamores de su justicia no fueron suficien-

tes á hacer que nos abandonara á tan desventurada suerte. Ve nuestra miseria, y se conmueve su corazon, olvida magnánimo nuestra indignidad, y todavía se adelanta á tomar á su cargo la defensa de nuestra causa, excusando todo lo posible la magnitud enorme de nuestros delitos. *Neque hic peccavit*, nos dice hoy á todos en persona del ciego del Evangelio, *Neque hic peccavit, neque parentes ejus ut cæcus nasceretur*. Admirable prodigio de bondad! Que no hemos pecado, dice el Señor mitigando la severidad de sus juicios; que no hemos pecado nosotros ni nuestros padres. Ay! por desgracia hemos pecado unos y otros. Sí; no podemos ménos de confesarlo; y lo confesaremos siempre con humilde reconocimiento; pecámos; en pecado fuimos concebidos; nacimos en pecado, y para colmo de nuestra desgracia pasamos en pecado nuestra vida; mas un Dios que trata de excusar en la presencia de su eterno Padre el horrendo crimen de su persecucion y muerte, ¿qué extraño es que se empeñe en disculparnos de un delito, que nadie sabe cómo lo ha cometido? Pecámos, sí, y nuestra ceguedad es una pena justísima de nuestro pecado; mas el Señor, cuya venida no tiene otro objeto que merecernos el perdon, defiende nuestra causa, porque sabe que la ceguedad en que nacimos, era efecto de la culpa universal, pero de ningun modo de pecados propios que mereciesen aquel castigo. Así es que esta ceguedad, que no experimentaríamos, no siendo pecadores, es un medio el mas excelente que inventó la infinita sabiduría de Dios, y del que se vale ahora su providencia para manifestar las obras de su amor, de su misericordia, de su bondad, de su omnipotencia.

Con efecto no puede ménos de formarse una idea muy sublime de la Divinidad, al ver que Jesucristo abre los ojos á un ciego de nacimiento y pecador por naturaleza, que ni lo merece, ni lo pide, ni fija en ello su atencion; tomando por instrumento de este prodigio una cosa mas á propósito para dejar ciego á quien tuviera los ojos sanos, que para abrirlos á quien siempre los tuvo cerrados, cual fué un poco de lodo formado de tierra y saliva, y mandándole despues que se lavara en donde se habian lavado millares de ciegos, sin que uno solo hubiese recobrado en tiempo alguno la vista. Mas si reflexionamos con detencion, advertiremos que es mas sublime la idea que suministra de la Providencia el ver iluminado el orbe todo por

un medio el mas propio para sumergirlo en las tinieblas del error y de la ignorancia. Porque ¿quién no se admira de que unos hombres débiles, pobres, oscuros, ignorantes, destituidos de todo favor y apoyo, perseguidos en todas partes y entregados á la muerte como unos malhechores infames, difundieran de un extremo al otro del mundo los resplandores de la fe del Crucificado? Aquí se ve claramente el dedo de Dios; aquí se palpa que no el vil y despreciable lodo, sino la virtud del Mesías, anunciada y figurada en la piscina de Siloé, es la que abre los ojos interiores del hombre. Por este medio se abrieron los nuestros; por este medio salimos nosotros preciosos vasos de honor y de gloria del mismo barro, de que se hacen tantos otros de desprecio y contumelia.

Sí, entre tantos infelices como viven en las tinieblas en que nacieron, y perecen en el error en que han vivido, sin haber sabido jamas que habia un camino para conseguir la verdadera luz, nosotros, apénas nacimos, fuimos bañados por los brillantes resplandores de aquella celestial antorcha, que nos hizo ver el camino seguro de la salud y de la gloria, á donde ella misma dirige todos nuestros pasos. De dónde tan notable diferencia? de nuestros méritos? Ya he dicho que entónces no estábamos en estado de merecer, ni aún podíamos desear la justificacion. De los méritos de nuestros padres? Muchas veces merecerian lo contrario; y por otra parte los mismos eran los padres de Esaú réprobo que los de Jacob predestinado. ¿De la gratitud con que previó la eterna Sabiduría que habíamos de corresponder á tan singular beneficio, ejercitándonos en la práctica de las virtudes, y esmerándonos en el cumplimiento de los preceptos evangélicos? Ay! ¿qué seria de nosotros, si el Señor hubiera atendido á nuestras obras futuras para este venturoso decreto? Confesemos, llenos de rubor y de reconocimiento, que Tiro y Sidon hubieran aprovechado seguramente las misericordias, que aumentaron la culpabilidad de Corozain y Betsaida, por haberlas despreciado (1).

Ó insondable profundidad de los eternos decretos! No aspiraremos temerarios á comprender los misterios que se encierran en el interior del templo de la sabiduría; confesemos humildes que asiste al Señor un derecho de rigurosa justicia, para dejar

(1) *Matth. c. 11. v. 21.*

que perezcan en su ceguedad los infieles, cuyos ojos jamas se han abierto á la luz de la Fe, y que todo sin excepcion lo debemos á su pura misericordia los que nos hallamos libres de las opacas tinieblas de la infidelidad. Estemos igualmente persuadidos á que para nada necesitaba de nuestro asenso á las verdades reveladas; una eternidad de siglos ántes que existiera cosa alguna de este mundo, era infinita su gloria, como lo es y lo será siempre; ¿cómo es posible pues que recibiera el menor incremento con la obediencia y demas honores que puedan tributarle todas las criaturas? No, ningun interes tenia, todo era nuestro. Á pesar de nuestra indignidad quiso comunicarnos una parte de su bienaventuranza, y para esto nos atrae suave y dulcemente con la manifestacion de su sabiduría, de su amor, de su bondad: *ut manifestentur opera Dei*. Nos hace palpar unas obras cuya sola noticia nos infunde un temor respetuoso, como al Profeta, y cuya consideracion produce una especie de humilde confusion, de pavor religioso, de verdadero reconocimiento. ¿Quién al ver su propia debilidad, no ha de temer desagradar á un padre tan cariñoso? ¿Quién conociendo su indignidad, no se acobardará en presencia de un Dios tan benéfico? ¿Quién penetrado de la funesta ceguedad en que gime el género humano, no se estremecerá á vista del peligro, por mas leve que sea, de cometer un nuevo pecado, que vuelve sin remedio á sumergir su alma en el abismo, de donde ántes por la misericordia de Dios, por sola su infinita misericordia, y no por sus propios méritos, habia salido? Ay! es indudable; apénas podemos dar un paso en que no hallemos peligros que huir, tentaciones que vencer, lazos que evitar. Los sabios, que segun el mundo tratan de alucinarnos con la oscuridad de los misterios de la Fe, para obligarnos á dudar de su certeza, nos preguntan como al ciego los fariseos, *quomodo aperuit tibi oculos?* Los hijos del siglo, aparentando un celo, que están bien léjos de abrigar, ridiculizan nuestra virtud, para impedir que la practiquemos, echándonos en cara que abandonamos por ella las obligaciones de nuestro estado, cuyo desempeño constituye la verdadera virtud: *non est hic homo à Deo, qui sabbatum non custodit*. Si por estos infames medios no consiguen separarnos del servicio de Dios, echarán mano de la sátira y del desprecio: *in peccatis natus est totus*; y aún llegarán á suscitar nos una persecucion abierta, del mismo modo que al ciego á quien echa-

ron ignominiosamente de su presencia: *et ejecerunt eum foras.*

¡ Ay de nosotros, si prestamos oídos á sus diabólicas suger-
ciones! En tal caso desmayaremos en el camino de la perfec-
cion; se nos hará odiosa la virtud, repugnante su ejercicio co-
mo que se opone á nuestra pasion; naufragará nuestra fe, y
despreciando con una vil ingratitud el don Dios, le obligaremos
á que lo retire de nosotros. Evitemos tan funesto mal, imitan-
do la conducta del ciego que hoy se nos propone por modelo.
Este, conociendo la magnitud del beneficio que ha recibido,
procura conservarlo á toda costa; y manifiesta su justa grati-
tud, publicando la suma bondad de quien tan graciosamente se
lo habia dispensado, y defendiendo su causa con un teson ini-
mitable y con una maestría digna de quien se la habia infundi-
do. Oponer al orgullo de la razon una sencillez humilde, á las ca-
vilaciones de la hipocresía una prudencia cristiana, y á las ame-
nazas del mundo una constancia intrépida. Esto sé de cierto,
dice con la mas candorosa ingenuidad, que yo era completa-
mente ciego y ahora veo: veo tan bien como vosotros; ¿ qué
importa el que ignore cómo haya podido verificarse esta tras-
formacion? Qué! ¿ hemos de negar la existencia de las cosas
que vemos á cada paso, porque nuestra débil razon no com-
prenda el modo con que han sido formadas? ¿ Podrian explicar
los que se suponen mas sabios, la formacion de una pequeña
hormiga, de un insecto imperceptible? ¿ Han llegado jamas á
comprender lo que pasa dentro de sí mismos; por qué y cómo
su razon es instruída y obedecida de los sentidos? Examine-
mos sus sistemas, los mas bellos é ingeniosos en el exterior, y
los hallaremos destituidos de solidez y fundamento; pero en
cambio llenos de absurdos y contradicciones. Y en vista de es-
to, ¿ tendrá el hombre la osadía de fijar unos mismos límites á
la razon y al poder divino? Comparemos las tentativas inútiles
de todos los impostores con el menor de los milagros de Jesu-
cristo, y no podremos ménos de decir con los magos de Egipto,
que en ellos se deja ver, se hace palpar el dedo de Dios: refle-
xionemos sobre la iluminacion del ciego, y nos veremos preci-
sados á confesar, como él, que solo á la virtud divina es posible
la ejecucion de tan estupendo prodigio: *à sæculo non est audi-
tum, quia quis aperuit oculos cæci nati* (1).

(1) *Joann. c. 9. v. 32.*

Pero es admirable lo ingenioso que hacen al hombre sus pa-
siones. Nadie se atreve á declararse enemigo de la virtud: has-
ta el mayor delincuente procura buscar razones que puedan
cohonestar sus crímenes, cuando no puede cubrirlos á la vista
de sus semejantes; y lo sensible es que llega á encontrarlas. El
medio es vil, pero seguro: desacredita las virtudes que se opo-
nen á sus vicios. La Religion, que tiene por objeto el culto de-
bido á la majestad de Dios, se hace odiosa calificándola de su-
persticion y fanatismo; las virtudes que deprimen el orgullo,
de bajezas y apocamientos; las que mortifican la carne, de in-
humanidades y barbaries; las que se oponen al lujo y ostenta-
cion, de mezquindades y miserias; las que promueven el so-
corro de los necesitados, de fomentos del ocio y de la desidia;
las que apartan al hombre de los continuos peligros de pecar, á
que nos expone el mundo, de rusticidades y misantropías. Ja-
mas falta un pretexto para decir del virtuoso: *non est hic homo
à Deo, qui sabbatum non custodit* (1). Pero este, el verdadera-
mente virtuoso, persuadido siempre á que Jesucristo es el en-
viado de Dios, fundado en su testimonio y en el de la Iglesia
santa; este responderá con firmeza, que para alcanzar esa feli-
cidad que es el blanco de todos nuestros deseos, es preciso creer
al Autor de nuestra razon; ejecutar lo que ordena el Criador de
nuestra voluntad, que es lo que nosotros hacemos; ni hay otro
camino para la inmortalidad, que es el mismo por donde llega-
ron á ella los héroes del cristianismo. Seria una blasfemia de-
cir, que la Justicia infinita habia de premiar unas obras que no
fueran laudables y virtuosas, unas obras hijas de una mala vo-
luntad: *Deus peccatores non audit* (2). Esta fe y estas obras,
que despreciáis vosotros, son las que Dios aprecia y manda en
su Evangelio: en estas fuentes purísimas debierais beber vos-
otros las aguas saludables de la sabiduría verdadera, no en esas
pestilentes cisternas, de donde brotan á torrentes los errores
mas groseros que hasta tal punto han llegado á turbar vuestra
razon: á las palabras de un Dios, que por ser infinitamente sa-
bio no puede engañarse, ni engañarnos por ser infinitamente
bueno, debierais prestar un asenso firme y seguro, no á las de
esos hombres ignorantes y pérfidos que cifran todo su placer
en burlar vuestra sinceridad, obligándoos á creer como axio-

(1) *Joann. c. 9. v. 16.* (2) *Ibid. v. 31.*

mas sus sofismas y cavilaciones : *numquid et vos vultis discipuli ejus fieri?* (1).

Así responde el justo, que convencido por una feliz experiencia de que sin la virtud todo es miseria, y estimulado de su caridad anhela que sean todos felices como él, que todos participen de su felicidad; olvida, á imitacion de su celestial Maestro, la indignidad de sus enemigos; disculpa su conducta, los llama, se afana por atraerlos al conocimiento de la verdad. Si intentan confundirle representándole sus defectos : *in peccatis natus es* (2) : se humilla, mas no desiste, porque sabe que no es posible alcanzar la perfeccion en esta vida; y recuerda con una especie de consuelo que tambien nacieron como él en pecado los Davides, los Pedros, las Magdalenas, los Agustinos, quienes á pesar de eso se ven ahora libres de la miseria que por su estado merecian. Si le separan enfurecidos de su presencia, si le expelen de su sociedad, si emprenden su persecucion, si maquinan su muerte, oh! entónces es cuando el Señor perfecciona su obra; entónces hace que gocen sus ojos el lleno de la luz; entónces, sacándole del confuso tropel del mundo y de la compañía de los pecadores, le descubre su gloria, aquella gloria que tiene escondida á los mundanos, porque no son dignos de verla : entónces dispone que se acabe de alzar el velo, que desaparezca la oscuridad de los misterios; que al desprecio con que le trataban los pecadores, suceda el honor de los bienaventurados, á las maldiciones de los hombres las alabanzas de los ángeles, á la persecucion del mundo la tranquilidad del cielo, al odio de las criaturas toda la efusion de la inmensa caridad del Criador.

(1) *Joann. c. 9. v. 27.* (2) *Ibid. v. 24.*

SERMON.

SIN RENUNCIAR AL MUNDO, NO SE PUEDE HACER VERDADERA PENITENCIA.

PARA EL JUÉVES DE LA DOMINICA CUARTA
DE CUARESMA (1).

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Jesus vidit hominem cæcum à nativitate... et dixit ei : Vade, lava in natatoria siloë... Abiit ergo, et lavit, et venit videns.

Vió Jesucristo á un ciego de nacimiento..., y le dijo : vé y lávate en las aguas de Siloé... Fué pues, y se lavó, y volvió con vista.

S. Juan, c. 9. v. 1 y 7.

¿Quién nos obliga ahora, cristianos, quién nos obliga á examinar las cualidades personales de este ciego, de quien nos habla el amado evangelista? ¿Qué necesidad tenemos ahora de inquirir, ni cuál fué su patria, ni quiénes sus padres, ni si este fué precisamente aquel ciego, á quien se llamaba Celedonio, ni en fin, si aquella ceguedad de nacimiento se debia reputar precisamente, como un castigo de su culpa original ó personal, ó si podia provenir de algun pecado ajeno? Como quiera que esto sea, lo cierto y lo que ahora nos importa conocer es, que este ciego del Evangelio, sirvió en el tiempo de Jesucristo á la gloria de Dios, contra los insultos de la incredulidad y la malicia de los impíos fariseos; y que en esta misma tarde ha de servir á los intereses y el honor de la santa penitencia, contra la ceguedad y disipacion de tantos cristianos, como hoy vemos,

(1) En la pág. 255 del tomo cuarto de los sermones de *Mision* se halla uno para este dia, sobre la inmortalidad del alma.